

Un pedazo del farrago de mis recuerdos.

VENECIA.

Cuan lejos me encuentro de aquellos días de mi primera juventud, cuando leía las obras de la hija de *Necker*, de Byron, los idilios de los románticos de la primera mitad del siglo XIX, los romances de J. Sand i las memorias de Chateaubriand; todos ellos huéspedes un día de la soberana del Adriático, ciudad encantada, ciudad de Hadas, surgiendo del fondo de aguas azules i levantando sus torres i cúpulas hacia un cielo siempre azul; asemejada á una flota antigua, poblada de mástiles, en día de gala haciendo un alto después de alegre feliz travesía, ó, con una monumental metrópoli sumergiéndose en las blandas húmedas hondas de mar tranquilo, i, su historia, sus costumbres, el lugar que ocupó en la Edad Media, la importancia comercial i la influencia política de ese puente echado entre el Occidente i el obscuro i misterioso Oriente; todas estas circunstancias, estas evocaciones de mis antiguas lecturas hacían palpitar mi corazón violentamente, cuando en una mañana luminosa tomé un asiento en el tren rápido Milan-Venecia.

Desapareció el Continente i ante mi ansiosa mirada se presentó como en inmensa tela pintada una extensa marina, i luego al pie de la estación Central las góndolas, que hallá en la región de mis sueños eran cuerpos de cisnes ideales, me parecieron ¡ay! cajas de muertos, ataúdes negros i angostos conducidos por bateleros ruines, sórdidos i tétricos como los enterradores trágicos de Shakespeare; remaron hacia la plaza de San Marcos i á una insinuación de mi compañero ocasional de viaje, desentonaron sus canciones plañideras trasportándome instantáneamente con sus notas melancólicas á nuestras altas frías punas, donde reinan la desolación y la tristeza ahondadas por los gemidos de la monótona pálida quena.

Esta fué mi primera desilusión.

Recorrí el Canal grande, pasé bajo el arco de Rialto i reconocí los palacios donde vivieron Byron y Chateaubriand; las aguas eran fétidas i negras i los palacios de variada arquitectura revelaban su vetustez en sus mugrientos lienzos, sus carcomidas columnas, sus capiteles i ogivas maculadas con lacras i pústulas.

Mi alojamiento tiene tres puertas principales, una de ellas se abre á la plaza de San Marcos; es esta la primera i mas hermosa plaza de Venecia: su pavimento de mosaico es una vistosa artística alfombra, rodeada de galerías i lujosos almacenes henchidos de esas obras curiosas i afiligranadas del arte veneciano: los mosaicos, la orfebrería de estilo semi-bizantino, los encajes i muebles tallados, la vidriera i cristalería; como dijo Napoleón I la plaza de San Marcos es un salón cuyo cielo raso no puede ser otro que el firmamento. Ahí está la basílica de San Marcos, templo colmado de riquezas desde su piso hasta sus bóvedas, como no tiene igual, mitad gótica i mitad griega, es un edificio espacioso pero bajo, aplastado; durante el tiempo que estuve bajo sus cinco cúpulas me figuraba encontrarme en el siglo X en tierra de orientales, en la lejendaria Bizancio. En esta plaza están las bandadas de las palomas de San Marcos, parecidas á nuestras plomizas cuculíes, humanizadas, recibiendo de manos de los paseantes el maíz i el trigo; son las aves sagradas, son las hijas mimadas jamás hambrientas. Venecia se moría de miseria sosteniendo un estrecho y largo sitio, sus almacenes estaban exhaustos i á las palomas no les faltó su alimento.

“Venecia agonizaba, moribunda de hambre, daba á sus palomas los últimos restos de sus graneros vacíos” [Paul de S. Victor.]

A la vista de esas parvadas de aves tan familiares, más familiares que nuestras gallinas, sentí una intensa emoción, como si al través de la distancia i el tiempo corrido hubiera visto á los seres más queridos.

Pasé las fábricas de encajes, vidrios i muebles i en todas partes chocaba con la angustiosa, desesperante

codicia de los mercaderes, i á cada paso, como en Cadiz i Málaga i más tarde en Nápoles i Roma con la cargante exigencia de las bandas de mendigos. En Turín i Milán, bellas i ricas ciudades, no tropezé con ningún mendigo. En Turín i Milán ni los comerciantes i hoteleros tienen la avidez mercantil de los de Venecia i Nápoles.

Con este motivo recordé la manera como se fundó Venecia, la clase de gentes que formaron su primera población, la preponderancia que los usureros judios tuvieron en ella, la soberbia de su aristocracia la más altiva del mundo i la bajeza i corrupción de su plebe; residuos ó sedimentos de esos elementos son los vicios i úlceras que cualquier mediano observador nota desde los primeros días en la población de Venecia. El vidriero i encajera me asedianan, estaba prisionero, sumido en una espantosa confusión, i solo debido á la intervención de mi compañero de viaje, un noble señor de Alexandria, antiguo propietario del mejor hotel de Tacna, pude libertarme de las garras de esas arpías, no por lo feos, que no lo eran, sinó por la crueldad de sus métodos con un pobre viajero andino de bolsillos escuálidos.

Visité el palacio Ducal, que reúne los recuerdos de muchos siglos, de la tiranía de los Dux, el Tribunal de la Inquisición, el Senado i las prisiones; los tenebrosos plomos que ya no existen, el puente de los Suspiros, pequeño arco suspendido sobre un estrecho canal; grandes salas ornamentadas por los grandes artistas, por Ticiano i Veroneso i Tintoreto. Se respira en los pacillos sombríos, en los calabozos una atmósfera donde flotan las sombras de generaciones alternativamente manchadas por crímenes ó glorificadas por acciones nobilísimas; mientras la república estuvo en su apogeo el senado se mantuvo á la altura del de la Roma austera i poderosa, una vez que descendió de las alturas desaparecieron sus virtudes i cayo en los bajos fondos de la perfidia, la astucia i la crueldad.

Terminada mi visita dirigí una última mirada á la escalera de los Gigantes i me aproximé al pie del Campanile en construcción, i respiré á pleno pulmón el aire libre

de la plaza; en seguida me encaminé á los museos i templos, á través de sus estrechas callejuelas silenciosas, sin el tráfago i ruido ensordecedor de las ciudades del continente; sólo está alterada la quietud silenciosa de Venecia por el suave rumor de los Remos de las góndolas, que se deslizan como anguilas, ó, como negros i enormes insectos, evitando diestramente los choques, sobre las calladas aguas.

La contemplación de Venecia lleva al espíritu la admiración, pero de ningún modo despierta impresiones agradables; era, tal vez, porque suspiraba por la patria lejana i la familia ausente? Amargos serían mis recuerdos de Venecia, donde palpé por la centésima vez el desencanto de los ensueños de mi vida, sinó hubiera pasado horas plácidas en el Lido, á la sombra de la enorme rotonda i al són de los arpegios de los instrumentos de cuerda que vibraban agitados por los hábiles dedos de los artistas del Conservatorio de Milán. Desde mi cómodo asiento veía á los bañistas vestidos de mallas perfectamente ajustadas á los relieves de su cuerpo, ora jugando con las aguas, ó, yá revolcándose en la arena de la playa; espectáculo que traía á mi memoria los tiempos de mi infancia: á las orillas del Huilcamayo, veía á los muchachos ateridos por el frío de un baño prolongado buscando la reacción en las arenas caldeadas por nuestro sol tropical. Mui cierta es la unidad síquica de los pueblos humanos; á miles de leguas del Huilcamayo los descendientes de los Vénetos del siglo V revolcándose en la arena, como los bárbaros hijos de Hillahuamán i Ollanta.

El Lido es un balneario mui concurrido, el Lido es el reverso de Venecia; sus casas i hoteles rodeados de profusa vegetación, tranvías, automóviles, caballos, todo lo que está ausente en Venecia; se respiran las brisas de un mar libre de aguas transparentes, se siente la vida enérgica i ruidosa, todo es fresco i nuevo exento del peso abrumador de los recuerdos de un pueblo que vivió quince siglos en incensante agitación, que le condujeron á la grandeza para precipitarla á la sima del desastre i la

esclavitud. En Venecia cada casa, cada órgano ó piedra de sus edificios lleva una inscripción que obliga á pensar en el pasado, mientras que en el Lido se vive en los fugaces momentos del presente soñando en un porvenir risueño al influjo de sus auras puras i frescas, allí hasta el pecho del que apenas arrastra las ruinas del tiempo siente la alegría de vivir.

Volví al Vapor para regresar á Venecia, abandonando las playas del Lido sufrí cierto desgarramiento de mis fiebras más ínfimas: regresaba á Venecia, la comida i vieja, con el espíritu apenado, volvía á mi alojamiento que me hacía el efecto de un antiguo hospital con sus camas rodeadas de mosquiteros, i las ventanas i puertas encortinadas para impedir la irrupción de los zancudos. Seis días después me dirigí á Roma en un tren rápido i directo, galopando á todo correr por la campiña seminculta me repetía: Venecia no es como lo pintan.

A. LORENA.
